

IX

—Pasa, Nepomuceno—dijo la quebrantada voz de misia Jeromita.—Entra, hombre, que no voy á comerte crudo.

Recostada estaba la señora en el lecho, ceñida la frente y sumergida en las tinieblas de la alcoba. Monreal llegó á tientas hasta la cabecera y buscó la mano de la prima para estrechársela en señal de pésame, la encontró calenturienta, y empujado por ella despóticamente se sentó á los pies en una silla, sin distinguir nada más que el bulto, que rebullía con inquietud alarmante. No abrió la boca, y se puso á la defensiva, tirando de la perilla como si quisiera arrancársela.

—Si no te mando llamar no vienes—indicó la prima disparando la primera bala.

—Dispensa, Jerónima; hoy mismo pensaba venir.

—¡Mentira! digo que no vienes, aunque la casa se nos cayera encima. Te conozco. Eres cobarde, Nepomuceno, y soberbio al mismo tiempo. Y sin embargo, tu deber era venir, porque sí, porque sí. Tú pasas por santo, por hombre que no ha tenido debilidades en su vida; tu bendita pereza, tu sistema de dejar hacer á los otros y no hacer nada personalmente, te ha servido para engañar al público, mostrándote incapaz de todo, especialmente de lo malo. Pues

no: eres perverso, Nepomuceno, y tú lo sabes mejor que yo, y por qué te lo digo hoy precisamente que te acercas á mí preparado, sin duda, para motejarme, insultarme y humillarme: sí, mis pecados serán grandes, pero los tuyos lo son más, muchos más, y no sé como no te aplastan. Al fin y al cabo, de esto que á mí me pasa tú tienes la culpa.

—¿Yo?—exclamó Don Nepomuceno doliéndose del recuerdo.

—¡Claro! pues quién? Pon la mano en tu conciencia y mira hacia atrás, muy atrás, á aquellos lejanos y olvidados tiempos en que Jerónima no era la vieja facha de ahora... ¡Quieto! repito que no voy á tragarte: de lo que no he de privarme es del placer de cantarte las verdades, de decirte cuántas son cinco, siquiera por aquello de que «el que da primero da dos veces.»

—Sabía que me recibirías así, Jerónima. Di lo que quieras, da cuanto quieras. Me resigno.

—No me provoques, Nepomuceno; mirá que no podré contenerme! Durante dos meses has estado conspirando contra mí y el señor Lucca, alentando en numerosas cartas la estúpida resistencia de Leona; ¡sabe Dios lo que le escribías! No imaginabas que hablar mal de mí era escupir al cielo para que te cayera en la cara.

—Te equivocas, Jerónima. No he hablado mal de tí, y menos á Leona.

—Entonces, ¿cómo sostenías su resistencia y la guerra que á los dos no ha hecho? Sabes que en dos meses no me ha dirigido la palabra ni salió de su cuarto? ¿Quién, si no tú, había de darle alas? Si algo tenías que decir, más noble fuera venir aquí y entendernos, que no faltarian términos de avenencia.

—Dispénsame. Vine, antes de que llevaras á efecto tu proyecto (que renunció á calificar) y me echaste con cajas destempladas.

—Nepomuceno, ¡tengamos la fiesta en paz!

—Tú me has llamado, Jerónima.

—Te he llamado, pero no para discutir lo que no ha de ser discutido. E indiscutible es mi derecho de hacer mi santa voluntad. No ha sido floja tiranía la que me impusiste durante veintitantos años, esterilizando mi juventud; esclava de las apariencias, en mi toda inocente expansión pareció crimen, y para asegurar mi docilidad me pusiste una argolla al pie y me diste de guardián á la mentira. De mentiras he vivido hasta el día, feliz ó desgraciado, que se cruzó el señor Lucca en mi camino, haciendo mi nefanda suerte que, al romper la cadena, debiera seguir mintiendo... Hoy la verdad me muerde los labios por salir, y dejaré que salga, así estalle el mundo en mil pedazos. ¡Porque me siento tan desventurada, lo que me sucede es tan horrible!

—¡Cálmate, cálmate—dijo Monreal aoustado.

—¡Que me calme!—repitió la señora con exaltación;—¿y quién me lo aconseja? ¡el verdadero culpable, el criminal, tú, Nepomuceno! Aunque te cubras la cara con esa mancha, que parece la de tu pecado mortal, veo que te pones pálido... Y es que aquí no se trata de una ligereza de vieja á quien se le calentaron los cascotes, sino de algo que no da lugar á la risa: la rebelión de una víctima, de la mujer sojuzgada que recobra su libertad. Creías haber sofocado mis sentimientos y que los años afirmaban tu victoria ¡campana de egoísmo feroz! Pretendiste suprimir en mí la mujer, convertirme en una cosa que sólo sirviera á tus fines, y te equivocaste de medio á medio; como todo está cerrado y no hay quien escuche, voy á sacar á orear tus trapitos: es conveniente, á veces, y la desesperación, si ha de reventar por algún lado, mejor que se desborde amargamente por ahí. Ya lo creo: tarea muy fácil es acusar á Jerónima, levantarla un caramillo, ahora que la han vencido; pero Jerónima sabe defenderse, y armada de una piedra en cada mano, se las tira á su acusador, diciéndole: La culpa es tuya, mal hombre, hipócrita, falso, tú que me engañaste

en Catamarca, que me seduciste y me dejaste con una hija en los brazos para casarte con otra!

Como si hubiera sentido el golpe, D. Nepomuceno se llevó las manos al rostro. Distingufa ahora perfectamente del inquieto bulto la cabeza sin peluca, el pañuelo blanco, los ojos febriles, la boca despostillada, manando hiel...

—Dirás que eso es historia antigua,—presiguió misia Jeromita—y que bastante has hecho por enmendar tu falta. ¿Qué enmienda cabe en crimen semejante? Ninguna, ninguna. Te casaste con Socorro porque te gustaba más que yo, pues (lo que yo siento es no poderlo decir á gritos) este caballero modelo enamoraba á las dos primas al mismo tiempo.

—Pero, Jerónima, ¿á qué viene eso ahora?—dijo con humilde y sentido acento Monreal.

—A qué ha de venir sino á refrescarte la memoria, hombre, y persuadirte que la locura de Jerónima no es tanta que iguale á tu hipocresía; para probarte que procede de muy lejos la causa de cuanto ha ocurrido. Si no te casas con Socorro... Y veamos, ¿por qué te casaste? acuérdate bien: Socorro tenía amores secretos con Márquez, el oficial del Juzgado, Aciselito Márquez; pero como se dejaba festejar por tí, nadie creía que estuviese enamorada de Márquez. Era tanta tu poca vergüenza, que nos engañabas á las dos, á Socorro de pico, y á mí con malas obras: sin duda te gustaba más Socorro que yo, porque más bonita era Socorro. ¿Por qué te hacía caso Socorro estando enamorada de Márquez? Pues porque Márquez era casado en Salta, donde vivía olvidada su mujer, y al saberlo Socorro, demasiado tarde, cedió á los consejos de su padre, el tío Tadeo, que te empujaba y alentaba. Rabias, ¿eh? rabias sólo de pensar en tu luna de miel, que duró un par de semanas, al cabo de las cuales Socorrito alzó el vuelo con Márquez... Y no te acuerdas cómo quedó la otra prima, ¡la verdadera agraviada! no te acuerdas de sus lágrimas, de su espantoso dolor, al tener que confesar al padre su triste estado, que si el valor no

me falta y antes lo confieso, mejor fuera, porque no te casas. Pero, era yo tan estúpida y estaba tan ciega, que no dí por cierto lo del casamiento hasta que se realizó... Las horribles escenas que siguieron entre mi padre y tú y el tío Tadeo después de la fuga de Socorrito, y que descubrí yo tu infamia, no son para referidas; la marejada envolvió á toda la familia, rompió mi padre con el hermano, te pegaste tú con el tío Tadeo, el hermano mayor de Socorro, Estanislao, casi te mata de un balazo, y de un palo en el hombro á poco más te desloma mi padre.... ¡Ah, buen peine el primito Nepomuceno! Para que le canonicen, á él que venga tan camuante á dispararme rayos y centellas, él, el indigo seductor.... ¡Tira, tírate de los pelos y aguanta!

—¿Has acabado ya de dar gusto á la lengua?—articuló cada vez más sofocado D. Nepomuceno.

—Aún falta, lo mejor.... Nos vinimos á Buenos Aires mi padre y yo, y tú detrás, puesto á matar con Socorrito, que se metió de beata en un convento de arrepentidas.... Sí, ya sé que falleció ayer, ¡Dios la haya perdonado!.... Pues, te viniste detrás muy arrepentido, tú también, ¡oh! y bien castigado, para que luego digan que no hay Providencia... Pero ni yo ni mi padre quisimos recibirte, no te recibimos hasta que nació Leona, y por disimular mi situación, con habilidad digna de un gran intrigante, arreglaste aquello de que la niña pasara por hermana mía y por hija natural de mi padre, que á todo se prestó.... ¡Estábamos tan pobres! Yo me presté con la condición solemne que entre tú y yo no habria mas relaciones que la del parentesco. Tú dirás si esta condición se ha cumplido, en vida y en muerte de mi padre... Estábamos padres y tú nos ayudaste, confieso que siempre has ayudado....

—¿Luego?—suspiró Monreal, cobrando ánimos.—Entonces, ¿por qué este furioso rencor?

—Si no me quejo por eso. ¡Buena fuera! Leona era tu hija y no podias echarla á los perros; no podias tampoco rechazarla, pues llevaba tu marca en la nuca, la mancha de

vino desparramada en mil lunarcitos. ¡Cumplías, por lo tanto, un deber vulgar, el único que has cumplido! Después que el tío Adrián hizo de mi padre un guerrero de la Independencia, para que pudiera comer, y el pueblo nos regaló esta finca, no necesitamos más de tí: la mentira, que era ya nuestra norma, nos sostenía, y gracias á ella salimos adelante. Tú decías: ¡mentir es vivir! Y con engaños y tapujos vivimos muy bien; cada cual desempeñó admirablemente su papel en la comedia. A mí me tocó hacer el de madre hermana de Leona y el de esclava tuya: pretendiste atarme con un compromiso....

—¿Que has violado!—resolló Don Nepomuceno.

—¿Cansada, aburridísima de tí! ¡Vamos, hombre, veintitantos años de virtuoso encierro, de constante dedicación á mi hija, envejeciéndome como en la austeridad de un claustro, no significan nada, no disculpan y hasta autorizan lo que haya cometido posteriormente, error ó falta, ¡jamás tan graves y odiosos como los tuyos! Te digo que no te admito aquí de juez: el juez debe tener las manos limpias, y tú las traes manchadas; á una acusación tuya, te haré morder el polvo.... Si pues pretendiste atarme con un compromiso, el de que no habia de casarme nunca, para que la casa y cuanto recibiera en herencia de mi padre pasara luego íntegro á Leona á mi muerte; con esto y lo que tú pudieras dejarla en testamento (que si no son trampas, no sé qué la dejarás) á la niña no la faltaria pan el día de mañana. La cláusula del traspaso de la pensión afirmó este compromiso, y me ató más que mi palabra....

—Pero saltaste por todo.... Arriesgaste la pensión misma, cegada por un amor ridículo y vergonzoso á tu edad....

—¡Eh! Poco á poco; no me levantes el gallo, Nepomuceno, no me irrites.... Yo he luchado antes de caer, he resistido, he llorado inútilmente: lo que se creia muerto, vivo estaba y rompió vallas: ¿O piensas que el corazón es juguete, al que la voluntad domina y los años inutilizan? Tú, en cambio, con qué frescura y desparpajo me engañas.

te... ¡Ah! ¡Tú no luchaste, ni discutiste: la razón está siempre de parte de los hombres! Sus crímenes de seducción amorosa son caprichos juveniles, gracias y donaires de la edad; en la mujer, todo lo contrario. ¡Socorruto ha muerto en un convento, y yo lo menos que merezco es el manicomio! Bueno, allá iré, si te parece, junto contigo, verdugo, hipocritón....

—¿Has acabado, Jerónima?

—No he acabado... El mucho hablar me ha resentido la cabeza, pero necesitaba desahogarme. La verdad, me amarga la boca y me vienen mareos... ¡Quieto, no quiero nada! Quiero acabar de una vez, morirme, si es que Dios me concede la muerte como una gracia. La atmósfera de mentira en que vivo, me ahoga.... Por conciliarlo todo, buena discípula de tus malas artes, he mentido al señor Lucca, el señor Lucca ignora todo, todo; también el matrimonio se ha mantenido en secreto: así la pensión no se perdía.... ¡Mentir es vivir, Nepomaceno...

Este se irguió, ya dueño del terreno que pisaba, y preguntó con la voz más entera:

—Me has llamado, Jerónima, ¿para qué?

—¿Para qué? ¡Ay, Dios mío! —exclamó misia Jeromita abatiéndose sobre la almohada;— esta venda te lo dirá, si Leona no te lo ha dicho. Estoy en medio de una horrible crisis y á tí acudo en defensa de lo que á Leona ha de pertenecer un día y que él intenta arrebatarla: ¡hipotecar la casa es perderla! Ya me quitó las alhajas y cuantas economías guardaba: Nepomuceno, perdona lo que te he dicho, que no por ser justo, debí decirlo.... Me figuraba que vendrías á renovar los reproches de la última vez y quise parar el golpe: Estoy nerviosa, malhumorada, disgustadísima; sufro accesos de ira, seguidos de espantoso abatimiento. Discúlpame que te haya recordado aquellos sucesos, y llamado tantas cosas feas: es cierto que no eres la persona cabal que pareces, pero á ¿qué refregártelo ahora?.... Aconsejame, Nepomuceno, defiéndeme, ¡sálvame! ¿Qué haré yo,

si me abandonas? Es tu deber velar por los intereses de tu hija, á quien más quieres en el mundo, lo confieso y lo he reconocido siempre... Odíame, si te parece, échame encima todos los cargos, que bien anchas son mis espaldas para soportar la injusticia; pero piensa en Leona: no se trata de mí, se trata de Leona. Busquemos el remedio á la situación: ¿sabes que ese hombre?... ¿Sabes que es tal el terror que me infunde, que tiemblo de que llegue la noche y vuelva?... ¿Salió?

—Está en su cuarto. Leona me lo ha dicho al entrar.

—¡Encerrado aún! ¡qué extraño! A ver, Nepomuceno, acércate... Perdóname y hablemos.

—Hablemos, siempre que me prometas no insultarme y poner freno á tu lengua.

—Lo prometo. Pero, mucho cuidado con la tuya. Sobre todo, no me acuses, porque entonces ya comprenderás que no había yo de callarme.

—No te acusaré, Jerónima. Y sin embargo, si me pusiera á darte el vuelto.... ¡Desgraciada!

—Acabaríamos por arañarnos, pues te sacaría de nuevo á relucir tus milagros de Catamarca. Mejor será que doblémos la hoja.

—Doblémosla, Jerónima, doblémosla. Convéncete que yo no te odio, ni te he querido mal, al contrario, te compadezco, aunque esta compasión mía sea de naturaleza propia para soliviantar tu orgullo.... Ya ves: mientras te has complacido en remover el pasado, me tapé con las manos la cara, porque ese lodo apestoso de mi juventud me avergüenza y humilla; si no desfiendo mis errores, ni los disculpo: los juzgo y condeno más severamente que tú todavía. Así los he pagado, Jerónima, y los pago, privado del derecho de llamar *hija* á ese ángel, en obsequio de tu honra y del porvenir tuyo. Ojalá esta honra la hubieras sabido defender tan bien ahora....

—¿Emplezas, Nepomuceno?

—Iba á decirte....

—¡No me digas nada; nada!

—Bueno, sea. Pero permíteme, al menos, hacer constar que no soy el pícaro desalmado que has pintado: soy un hombre de carne y hueso, como todos; ni mejor que los que gozan fama de buenos, ni menos malo que otros. Si la ocasión fuere propicia, te explicaría en qué consiste eso que llamas mi sistema de la mentira, y por qué lo considero útil en la vida social, ya que de él formas un cargo tan grave contra mí....

—Déjalo para otro día, Nepomuceno.

—Dejado está. Para que después me salgas con que te disputo y provocho.... Tú misma, Jerónima, á este mal hombre le has hecho la justicia de reconocer que nunca te abandonó; que he tratado, en lo posible, de remediar el daño, y que he sido, en secreto, el padre cariñosísimo que habría deseado parecer en público. Y si este cariño profundo no existiera y este interés por vuestro bienestar y felicidad ¿me hubiera preocupado de coartar tus caprichos, de vigilarte y de aconsejarte, Jerónima? ¿Qué me daba á mí que te casaras y perdieras la pensión? ¿Por qué me opuse tenazmente desde un principio y llegué á romper contigo? ¿Por qué he sufrido tanto en estos dos meses, viendo tu desatinada conducta y los perjuicios y sinsabores que á Leona le ocasionaba? ¿Por qué no tengo para amar otros seres que tú y ella, y en el derrumbamiento que me quitó familia y hogar, y que has recordado con tan mala fe, sólo me restasteis vosotras, ella sobre todo!

Ahogósele la voz á Don Nepomuceno, y misia Jeromita le oyó suspirar. No hablaron en largo largo rato, armisticio muy eficaz para que compusieran y serenaran el ánimo uno y otro, acometiendo valerosamente el importante asunto que les había reunido. Y dijo Misia Jeromita con flaco y compungido acento:

—Acércate, Nepomuceno: hablemos de eso. Ayer le escribiste á Leona no sé qué.... Explicátele ¿Hay arreglo para ello? ¿Cómo salgo yo de este berengenal?

—En verdad, Jerónima, que antes de dar mi opinión—le contestó Monreal muy despacio y temeroso—deseo que me digas cuáles son tus intenciones respecto de ese hombre.

—¿Mis intenciones? Las peores, las peores. Le aborrezco. El golpe de anoche me ha servido para recuperar la razón. ¡Quiero separarme de él, arrojarle de casa!

—Perfectamente. Facilitas el camino de mis revelaciones, que me costaría mucho más hacerlas si tus ideas fueran otras; pero que, á pesar de todo, hubiera hecho. Aunque no me llamaras, iba á venir hoy, arrojando tu cólera.

—¡Nepomuceno, por Dios! Mis sospechas son horribles... El no ha sabido excusarse... Ya me previno el doctor Barbado que...

—Te suplico que te calmes. Oigas lo que oigas, te aguantas. Nada de alborotos. Y cuando te enteres de todo, resolverás lo que la dignidad te dicte y pida la justicia. Con una advertencia más, Jerónima: que si tu resolución no es la que debe ser, yo tomo cartas en el asunto para arrancar á Leona de tu lado. ¿Estamos conformes?

Incorporose en el lecho misia Jeromita. Monreal sintió cerca de sí su aliento febril, y sobre su mano la de ella, helada y húmeda.

—¡Habla!—murmuró la señora angustiosamente.—¡Habla de una vez! Quiero saberlo todo... Tendré calma... Aunque me partas el corazón en pedazos no gritaré, no chistaré... Estuviste en la ferretería, ¿verdad?

—Sí.

—Bueno; ¿y qué?

Vaciló aún Monreal y atusó gravemente su perilla. La prima esperaba, retorciendo sobre la colcha sus dedos nerviosos.

—¿Qué? ¿qué?—insistió notando el paréntesis embarazoso de D. Nepomuceno.—¿Temes soltarlo? Por malo que sea, te juro que no me asustará... ¡Hiere, estoy pronta!

—En la ferretería de Barbarossa—comenzó Monreal con apagada voz—hay dos dependientes.

—Pietro y Giacomino. Del apellido no me acuerdo. Adelante.

—Eso es: Pietro Calli y Giacomino Verola... Pues, desde que tuve conocimiento de tu aventura con el caballero Lucca, pensé adquirir informes suyos que me dieran la explicación de lo que tan sospechoso y turbio me parecía. Apenas descansé en averiguar de qué casta de pájaro era este florentino, introducido con escándalo en el aido del Caballito, donde reposaba tranquilamente mi Leona... pero sin mejor resultado que si lo preguntara á las estrellas. Nadie conocía al *signore* Fortunato Lucca, de Florencia. Dirás que lo derecho fuera avistarse con Barbarossa y los Neros, sus patrones; mas ¿qué habían ellos de declarar sino sus excelencias de carácter y de familia? Sin duda que llegaban á certificar que jamás rompió un plato ni mató una mosca. Por esto me excusé, de ir á la ferreteria. Corrieron los días, tan amargos como puedes suponer, y el enigma del Sr. Lucca me preocupaba cada vez más; ¿quién me encontraba noticias del Sr. Lucca? Porque si eran tales cual yo sospechaba, podían arreglarse las cosas de modo de alejarle (siempre que no te opusieras, naturalmente), bien tapada la boca para que no divulgase lo del matrimonio secreto, y mantenerle alejado con una pensoncita mensual.... En fin, que no recuerdo ya qué disparates imaginaba yo, hasta que el penultimo día de Mayo me levanté con la idea firmísima de ver á Barbarossa.

—¿Y viste á Barbarossa?

—Ni á Barbarossa, ni á ninguno de los Neros, que no estaban en la tienda cuando entré. Estaban solos ambos dependientes, y á uno de ellos, creo que á Giacomino, me dirigí para darle cuenta de mi embajada; apenas dije Lucca, los dos se enfurecieron y le llamaron *briganti*, embrollón, con otros mote análogos y tan honrosos.—Me hacen ustedes el favor de explicarme... le fogué.—Todo lo que usted quiera, me contestaron; el Fortunato es un pillo, nos ha engañado y no merecemos que le guardemos las espaldas. Nos

prometió regalarnos mil nacionales á cada uno por nuestro silencio, y no nos ha dado más que cincuenta....

—¡Ay!—exclamó misia Jeromita,—¡qué pícaro! bien que me los sacó con ese pretexto!

—Pues no les dió más que cincuenta y estaban los dos trinando contra él.—Venga usted á la trastienda, me dijo Pietro, y le contaré cosas que le pasmarán. ¿No es usted de la policía? mejor, porque entonces no desembuchaba nada: si la policía mete la pata... Siendo de la familia castigará, arrancándole las orejas, al sinvergüenza de Fortunato. ¿Nos promete usted no descubrirnos?... Les prometí cuanto pidieron y pasé con Pietro á la trastienda; Giacomino se quedó al cuidado del mostrador.

Calló de nuevo Monreal, pagando la perilla la cuenta de sus vacilaciones.

—Pasaste con Pietro á la trastienda,—insistió ahogándose misia Jeromita—¿qué te contó Pietro? no me sirvas á gotas el veneno....

—Me contó las mayores perrerías del señor Lucca,—repuso D. Nepomuceno continuando el relato como quien recorre un pedregoso y empinado camino—que si era un tal y un cual, que si tenía ó no una querida en un café ó bodegón del paseo de Julio....

—¿Una querida! ¿de veras? ¿una querida?

—Si empiezas á exaltarte, me callo.... En el paseo de Julio, una genovesa que se llama Assunta....

—Jamás le vi bajar al paseo de Julio. Y yo le he seguido á todas partes, dejándole siempre á la puerta de la Bolsa.

—La Bolsa tiene dos puertas, Jerónima, y ha podido entrar por la de la plaza y salir por la calle de la Piedad, ó viceversa.

—Es cierto, es cierto. Bien puede ser... ¡Infame! ¡infame!... ¿Tendrá esa señora Assunta respingada la nariz, flequillo muy hueco y aire de descarada, como la de cierto cartón?....

—No sé; ya comprenderás que lo que menos me intere-

saba á mí era la nariz de esa señora Assunta. Los datos que aquel bribón iba dándome, estimulado por su despecho, eran tan importantes, que servía á mi curiosidad sin la molestia de preguntas ni rodeos: él habló por los codos y yo le escuché hasta la última sílaba, pasando de la estupefacción á la cólera y de la cólera á la amenaza.... Porque ¡ay, Jerónima! ¡desgraciada Jerónima!

—¿Quieres matarme, Nepomuceno? ¿Acabarás?

—Que me cuesta decirte.... No te imaginas la indignidad.... Pero te lo diré, que á eso he venido.

Respiró con trabajo, sin duda de la fatiga de la pendiente. Y más quedo, escogiendo las palabras, voltejeando alrededor del punto dificultoso, cosió estas nuevas frases á su relato:

—Lo de la Bolsa es otra de sus grandes mentiras: no hay tal juego de Bolsa, sino el vulgar y arrastrado de los naipes en la timba de la señora Assunta, de modo que al paseo de Julio han ido á parar tus alhajas, tus economías, y fuera á parar también la casa esta en forma de hipoteca, si el amor de Leona no te ayuda á resistir y te salva. En cuanto á la confabulación, ¡y qué tenebrosa y bien urdida! me ha declarado Pietro que el alma de ella fué Lucca, entrando todos, los Neros y Barbarossa por burla y espíritu de broma, él y y Giácomo por interés: acaso á Nero el joven le impulsara también el interés, pues contaba explotar junto con Lucca á la vieja de Pérez Orza.... Así te llaman, hija, y no debes ofenderte... Otros motivos no te faltarán para ofenderte é indignarte, como yo, más que yo. ¿Con qué palabras referirte ó explicarte en qué consistía esta confabulación inicua? Mejor será hacerlo con las menos posibles y las más sencillas.... Llegaste tú aquel día de Marzo en carruaje á la ferretería, donde recogiste á Fortunato Lucca, á Barbarossa y á Nero el viejo; Felipito, con Pietro y Giácomo, los dos obligados testigos, les esperaban á ustedes en la calle de la Reconquista. Parece que, ya en el camino, tú observaste que habíaa olvidado de designa-

una madrina, á lo que Fortunato expuso que no era indispensable llevar madrina, porque con la firma del padrino Nero el viejo, y los otros testigos, bastaba; que, para mayor seguridad, podía firmar también Barbarossa: así, por escasez de firmas, el certificado de la ceremonia no había de ser invalidado.... Y mientras ibas tú cándidamente al lugar de la cita, Felipito Nero con unos hábitos de franciscano, procurados no sé dónde.... con unos hábitos de franciscano disfrazaba á su criado.... disfrazaba á su criado de padre Anselmo!

No fué grito, sino alarido feroz el que arrojó misia Jeromita. Se desplomó en la cama con epilépticas contracciones, sin modular palabra, gimiendo de dolor, clavado el puñal en las entrañas. D. Nepomuceno decía, furioso y apenado:

—Calma, Jerónima, calma, ¡por Dios! Ya te lo advertí y tú me lo prometiste.... No había más remedio que decirte de alguna manera, y por más vueltas que le diese.... Ahora estoy satisfecho de haberlo soltado, me incomodaba como un tumor doloroso, que reclama el auxilio del cirujano. Ya reventó, ya reventó, Jerónima. Serénate. Discutamos tranquilamente lo que hacemos con ese hombre.... Nada de mezclar á la justicia, que sería el gran campanazo.... En silencio, Jeronima, en el más absoluto silencio. Cálmate, que no se entere nuestra Leona...

Más que á las advertencias de Moareal, se rindió misia Jeromita al cansancio de la violenta tensión en que su espíritu estuvo durante prolongado rato, y lloró, lloró su deshonra y el humillante desengaño. Dejó el contristado primo que se desahogara libremente, intercalando de tiempo en tiempo, cuando arreciaban los sollozos, breves palabras de consuelo:

—¡Calma; sobre todo, calma! Lo que tiene remedio, se remediará.... El llanto alivia.... Lloro, hija, que te sobra razón para llorar.... No quisiste escucharme, llevada de tu injusto rencor contra mí....

La señora gemía sordamente. ¡Infame! ¡Si se lo daba el corazón! y ellos... Como á un niño de la escuela! ¡Canallas! ¡Canallas!! ¡Qué castigo! ¡Bajo las garras mismas de la mentira había caído!... ¡Sí, sí, el de la risita era el falso padre Anselmo! Lo veía todo tan claro... Las revelaciones de Pietro eran ciertas, ¡ciertas! ¿Dónde estaba el hoyo más hondo de la tierra para esconderse?

—No, no hay tal matrimonio secreto, pobre Jerónima; —decía D. Nepomuceno como quien repite una letanía,— ¡y ese hombre te ha engañado miserablemente!

Misia Jeromita sollozaba, y de pronto se arrojó del lecho, descompuesta toda, con la enagua y la ligera chambra que vestía, descalza y vacilante. Monreal se precipitó a detenerla.

—Jerónima, ¿á dónde vas?

—¿A dónde?— dijo ella con extravío, — á matarle, á desuartizarle en pedacitos menudos, que tiraré luego [por la tapia. ¡Verás, verás! Bonita venganza que concebí el día de mi primera sospecha. ¡Infame! ¡Verás, verás! ¡Oh, te juro que no se sentirá el menor ruido! Está en la ratonera...

Entre tanto se calzaba de prisa, pasaba una falda sobre la enagua, echaba un mantón sobre los hombros, y en la cabeza, que afrentaba la calvicie, un pañuelo recogido del armario con tanteos de ciego. Monreal, decididamente, se le puso delante; no, no consentiría en que saliera de la alcoba, ¿qué disparates decía? ¿estaba en su juicio? Eso no era lo convenido: lo convenido y lo razonable era que, ahora que sabía todo, resolviera lo que debía de hacerse y la forma en que esta resolución se comunicara al otro... Le arrancó el mantón, al mismo tiempo, y forcejeó con ella, cada vez más exaltada.

—Porque si no, ¡valiente algarada en el barrio, Jerónima! Ya me parece que suben á su observatorio las vecinas, y las Cadenas se ponen á la ventana, y que todas, todo el mundo se entera de tu vergüenza. ¿Sabes cómo ese hombre vá á recibirte? Se resistirá á tu orden de desalojo in-

mediato, lo único, en mi opinión, que debes hacer. Pero no así, con violencia. Ya encontraremos la fórmula... Hay que echar tierra á este asunto, Jerónima. Lavemos en familia esta ropa sucia. Trae acá. ¡Quieta, quieta!

Resistía misia Jeromita á las razones y á los esfuerzos de D. Nepomuceno. Este hubo de devolverla el mantón, porque ella le amenazó con golpearle si no se lo daba. como en la lucha se le cayera la venda, apareciendo la sangrienta herida, ella se enfureció más, pugnó con Monreal por salir.

—¡Déjame! Te digo que me dejes. Pero, ¿crees en que de veras voy á matarle? Desgraciadamente, con mis uñas no lo conseguiría, y no tengo otra cosa: mira, regístrame, no tengo otra. Déjame pasar, no seas terco, gritaré si no me dejas..

No cedían ni uno ni otro, enloquecida misia Jeromita y bramando Monreal. Y en esto, la dulce voz de Pantaleona sonó en el jardín como arpegio melodioso:

—¡Jerónima! ¡Nepomuceno! ¿Me permiten ustedes que entre?

—Entra, sí, entra,— contestó Monreal, satisfecho de la celeste intervención.

Huyendo de la luz y de la vista de la joven, misia Jeromita se refugió en una butaca, tapándose toda con el mantón, y murmurando:

— ¡No entres, no entres!

Entró Pantaleona asustada, y comunicó sus temores de que algo hubiera ocurrido al señor Lucca, porque...

Cerrada permanecía la habitación, dentro no se escuchaba ruido alguno; eran pasadas las dos de la tarde; ni comió, ni llamó, ni le vió nadie... ¿Por dónde pudo salir y cuándo salió? La llave del portón la entregó ella misma á Aurora para ir á la compra, y ni ella ni Aurora sintieron el timbre de aviso: la puertecilla falsa del patio estaba condenada. Y si no salió, ¿qué significaba el silencioso recogimiento de su cuarto, mudo como una tumba?



Bruscamente, misia Jeromita se había levantado, la misma siniestra idea de la mañana la empujó fuera, y Monreal y Pantaleona, aunque intentaron contenerla, no lo lograron, siguiéndola hasta la puerta de Fortunato, á que llamó con los nudillos y los puños. Golpeaba ella y temblaban los cristales, remedando burlescamente el eco el furioso *pam, pam*; dentro nadie respondía, ni á los porrazos ni á las voces, y el silencio puso miedo al propio D. Nepomuceno, más que si la fortaleza se abriera y armado se presentara el florentino á defenderse. Acaso iban á encontrarle colgado de un pasador, sacando la lengua toda, aquella lengua de las dulces mentiras, postrera mofa que hacía á la engañada señora... Miráronse los tres, con terror indefinible. Era preciso abrir, ¿cómo? por la fuerza, fracturando la cerradura. ¿Pero, quién llamaba á un cerrajero, divulgador seguro en el barrio del raro suceso? Pidieron á Aurora un hierro de la cocina, y con él dió golpes inútiles D. Nepomuceno, que, dominado por la emoción, fallaba todos y hubo de ceder á la fornida mulata la improvisada palanca. Atacada vigorosamente, crujió la puerta, resistiendo siempre, defensora tenaz del secreto que la confiaran, y sudando la mulata, bregando en su ayuda Monreal, pálidas y agitadas misia Jeromita y Pantaleona, y ladrando la bullanguera *Diamela*, dieran todos pábulo suficiente para la más sabrosa gacetilla chismográfica, si á cualquiera de las tres Marías se la ocurre montar en el observatorio.

Al cabo, fatigados, interrogábanse, cuando entre las matas de violetas que festonaban la vereda columbró una llave Pantaleona. ¡Una llave! la llave de la pieza grande quizá, de la habitación misteriosa. D. Nepomuceno la zampó en la cerradura, y dócilmente la puerta se entregó... Abrieron. Y con temerosas precauciones asomaron todos la cabeza, tropezando unos con otros; misia Jeromita apoyada en el primo, al que comunicaba su temblor nervioso, escudada Pantaleona por Aurora, que tendía la movable geta de marrano. *Diamela* se precipitó ladrando va-

lientemente, y esta fué la señal de la irrupción: nadie, nadie había en el cuarto, ni debajo de la cama, ni detrás de los muebles; el armario, de par en par, estaba vacío, las perchas desnudas, los cajones barridos y todo con el sello del abandono apresurado y reciente. El aroma del toscano impregnábalo todo, como el reguero de azufre que deja el diablo á su paso; los botes, sin tapón, sobre el lavado, despedían las últimas moléculas tentadoras. En la pared, Víctor Manuel, Mazzini y Garibaldi, cruelmente olvidados, parecían mover los labios de bermellón, deseosos de contar los detalles de aquella fuga vergonzosa, que acababa de humillar á misia Jeromita y desataba en Pantaleona la curiosidad, traducida en esta pregunta muña á Monreal.

—Explicame Nepomucenito, ¿qué piensas tú de esto? la escapatoria del señor Lucca me asombra. ¡Un marido que toma el portante de esta manera! Te digo que no lo entiendo.

Y Don Nepomuceno, que sentía estremecerse el brazo de la prima desventurada, con gesto sombrío expresaba la única respuesta posible:

—No sé..... Conténtate con lo averiguado..... Las niñas no deben ser preguntonas... Mira y calla.

Lo que Pantaleona no se atrevió á decir lo formuló Aurora con chillidos impertinentes:

—¡Qué manera de mudarse la del señor! Se ha despedido á la francesa... Pero ¿por dónde? ¡Virgen mía de Luján!

Revolvíase como un sabueso, rastreando la huella del fugitivo, y chilló más, con palmoteos de triunfo, mostrando en las dos varas de jardín que mediaban entre la vereda y la tapia, delante de la misma pieza grande, hondas pisadas en derechura á un arbusto de *floripondio* destrozado, como si sus ramas hubieran servido de escalones, y con las enormes campanillas blancas mezcladas las punzantes agujas de vidrio que defendían la cresta del muro y que fueron arrancadas para saltar con menos peligro, no tan escaso

que quien las arrancó y saltó por cima de ellas no pagara su temeridad con pinchazos, cuyas sangrientas señales quedaban aún para delatarle.

Ni misia Jeromita, ni Pantaleona, ni Don Nepomuceno pronunciaron palabra. ¡Había huido! como ladrón vulgar, llevando al hombro el lio de la última rapiña. Sin duda después de su derrota en la alcoba de misia Jeromita, considerándose descubierto y perdido, determinó escapar antes que naciera el sol y se iniciaran las ya inevitables consecuencias de su bellaquería. Figurábasele levantarse matrecho y embarrado del sitio donde le derribó el fiero empellón de Pantaleona, colarse en su cuarto y proceder febrilmente á amontonar en un atadizo la mejor ropa, cuanto era de su uso y podía cargar sin dificultad. ¡Lástima que el espejo no conservase la imagen del ángel malo que en aquel momento debió de reflejar, desfigurado por la rabia del vencimiento, los azules ojos torvos y amenazadores, los finos labios contraídos, el dorado cabello revuelto, las líneas todas de su cándida fisonomía endurecidas y siniestras, convulso, desesperado, escupiendo al cielo su maldición, plegadas las alas ya impotentes! Con el lio bajo el brazo se arrastraba hasta el jardín, y allí, el recuerdo del cerrado portón y de la condenada puertecilla le detenía, le trastornaba, le enfurecía: de un extremo al otro, como encerrado lobo que busca una rendija libertadora, iba del portón al corral, y acaso su blanca manecita se lastimó en los garfios protectores, y fué ofendida por las graseras defensas de la tapia; el tiempo le metía prisa, y del corral al portón seguía huroneando, cada vez más rabioso, tentando, ensayando, discurriendo, ya encaramado á una rama, ya derribado entre el lodo. Al fin decidese á desarmar la bien guarnecida crestería, y la desarma á costa de su piel, que se desgarró y sangra, y se empina, se aferra, se esfuerza, ruge, trepa, llega, salta, y se hunde en la negrura de la noche ....

Misia Jeromita vaciló, embrolláronsele las ideas, se la turbó el sentido, y ante su vista, objetos y personas dan-

zaron, se agrandaron, se confundieron y sufrieron transformaciones singulares: vió á D. Nepomuceno sin cabeza; dividida en dos, á Pantaleona; adornada á Aurora con las lanas de *Diamela*, y á ésta hablar por boca de la mulata, los tres personajes italianos saludaron desde sus marcos, animándose sus colorines de cromo, y hasta el armario se movió para enseñar la vacía entraña, y anduvo la cama sobre sus cuatro patas, y fuera los árboles corrieron como fantasmas. Greyose ella también prisionera, en desesperada busca de luz y de aire, perseguida por la risita sardónica del padre Anselmo, que vestía hábitos de franciscano apócrifo, por ambos Neros y Barbarossa, por Pietro y Giacomino, mofadores é inslentos.

Huía de ellos, y tropezaba en todos lados; luego le pareció que caía de muy alto, y en vez de chocar en el duro suelo, de brazos cariñosos era recogida y cerca escuchaba voces que no figuraban ser las de sus enemigos. Y sentía en la frente algo muy fresco, lo mismo que si uno de los ángeles de Dios, de los buenos, de los que en torno de su trono cantan y le guardan, la abanicara con el ala de plumas irisadas, y envolverla sano perfume, que arrojaba de sus fosas nasales, como enjambre de gusanos; á los que en ellas los perversos botes del toscanito habían depositado. Llévonsela enseguida, con precauciones tan grandes y tan grande silencio, que no gastaran los demonios si se apoderasen de ella, ni sus burlones enemigos tampoco, y sabiéndolo ella vagamente, no se resistió á que la llevasen, abandonado el cuerpo y el alma inconsciente casi; y cuando la dejaron sobre tibias blanduras que convidaban al reposo, se entenebreció más su cerebro y le poblaron nuevas visiones.

Desaparecieron el padre Anselmo, Barbarossa, los Neros, Pietro y Giacomino, y surgió la prima Socorrito y su padre D. Jesús con el sable guerreador y la turba toda catamarqueña. Con éstos, las dos Cadenas y el cotarro de vecinas charlatanas. Todas reían estrepitosamente, y hasta los obje-

tos inanimados mostraban bocas enormes para reír; reíanse todos; carcajada universal que atronaba el espacio.

El frescor que oreaba su frente disipó las sombras fantasmagóricas, y á éstas sucedieron lucecitas de colores girando y girando en continuo movimiento; extinguióse el eco burlon, y alazáronse otros cercanos y reales, de pasos y sollozos. ¿Lloraba el ángel bueno de las plumas irisadas? Quiso tocar su mano, para ampararse de ella en el caos en que se hallaba, y lanzó angustioso grito al sentir que la mordían cruelmente en el brazo, mordisco atroz, por donde brotó un chorro de sangre. ¡Qué dolor! Ángel no era aquel, porque los ángeles no hacen padecer; era la Mentira, con su fea catadura de vieja hipócrita, la Mentira, su madrina y obligada compañera de camino, que se rebelaba contra ella y en la carne le hincaba las garras.

Agitóse profundamente y otra vez se despeñó en el delirio. Las coloreadas lucecitas juntáronse y formaron una hermosa figura, la de Fortunato, el Fortunato de los primeros días, dulce, rendido, hipnotizador supremo de voluntades, que la seguía á ella amoroso; luego, ella le seguía á él, cambiado en otro Fortunato distinto, y él corría y ella también, y cuanto más corría él y le perseguía ella, más cambiaba y se desfiguraba y afeaba el Fortunato prófugo y más distinto aparecía del Fortunato enamorado. . . . . Y le veía saltar sobre la tapia, y á caballo sobre ella desanudar las cuatro puntas del lio, para sacar el misterioso contenido, que no era ni ropa, ni alhajas, ni dinero. Lo que se había llevado Fortunato era la honra de misia Jeromita.



## X

El médico inglés (cuyo nombre no ha pasado á la historia) diagnosticó la enfermedad con un sustantivo cualquiera, al que puso de cola ó sufijo el *itis* correspondiente, pero es lo cierto que misia Jeromita se moría de vergüenza (devolviendo á esta frase, que el abuso ha hecho vana, su verdadera expresión), de chafado orgullo y de amor burlado, contra los cuales ni la farmacopea ni la ciencia pueden ejercer acción defensiva ó curativa. Cuatro días y sus cuatro noches llevaba la señora en pugna con reales é imaginarios enemigos, consumida por la fiebre, y al revés de D. Quijote, que al aproximarse la muerte recobró la razón, ella la perdió del todo, sin duda por causa del amor mismo, llamando en su delirio á Fortunato, abrasándose más que con la calentura. Le llamaba para regañarle dulcemente, ofreciéndole perdón y olvido, cuanto él deseara y exigiera, siempre que volviese al Caballito; decía á todos, sin reconocer á ninguno:—¿Ha venido Fortunato? ¿Está Fortunato? ¡Quiero ver á Fortunato!..... tan ansiosamente, ya con lágrimas ó desesperado esfuerzo, que D. Nepomuceno se emberrinchaba, á pesar suyo, y afligíase Pantaleona de tanto desatino.

Fuera de las horas que el empleo le exigía, las dedica-